

hogar de la chimenea; enseguida, el marco. Y luego otro y otro. Dos años de trabajo principiaron pronto a chisporrotear detrás del enrejado de la chimenea, y Rúpert, agazapándose cerca del fuego en su traje de dormir, comenzó a trazar con desconsuelo los planes de su regreso: primero que todo, la agencia de vapores; luego enviaría un mensaje anunciando la fecha en que debía partir.

II

AUN no había zarpado del Havre el vapor francés en que viajaba, cuando ya Rúpert empezó a arrepentirse de su resolución. Así como durante dos años había encontrado en el arte y en la bohemia del barrio latino un refugio seguro contra las cosas que le mortificaban en su padre, del mismo modo se las recordaban ahora los americanos que viajaban a bordo.

Había entre ellos una multitud de comerciantes que regresaban de París con las modas de primavera, y mientras los veía pasearse por el puente reflexionaba desdeñosamente: «los Estados Unidos de nuevo: menguada noción del arte para crear modas por sí misma, de modo que viene a copiar lo que París inventa». A lo largo de los puentes paseábanse los comerciantes norteamericanos, los más de ellos poniendo a Francia de oro y azul y discutiendo interminablemente sobre importaciones, exportaciones, dólares y dividendos. «Lo mismo haría mi padre de hallarse aquí», pensó Rúpert con amargura. Después del primer día, se apartó de los demás pasajeros y buscó la soledad en una lancha salvavidas, en la cubierta superior.

En una ocasión, después de comida, fuese al fumadero, a saborear un *liqueur* con su café. El sitio estaba lleno de bullangueros compatriotas, entregados a una vergonzosa orgía final, antes de llegar a la tierra de la prohibición. Zampábanse un *cock-tail* tras otro con jactancia grosera, como muchachos precoces que se la echaran de hombres. Rúpert recordó análogos excesos en que su padre había incurrido. Nunca volvió por el fumadero.

Al fin, una mañana, llegaron a Nueva York. En la cubierta todo era bullicio y alboroto. Los sirvientes sacaban los baúles de los camarotes, y los pasajeros se agrupaban extáticos a las barandillas. Al lado de Rúpert encontrábase un caballero de grandes mandíbulas y papada bien afeitada que ostentaba un tinte azulado. Cuando apareció la estatua de la Libertad, el caballero tosió, aclarándose el pecho:

—¡La misma tierra de Dios!—exclamó.—¡Nuestra querida patria!—

Y miró con placidez hacia Rúpert, como solicitando su aprobación.

—Eso es lo mismo que diría mi padre, caballero,—contestó Rúpert, apartándose de allí.

Una hora más tarde había pasado por las formalidades de la aduana e iba en un automóvil con su equipaje. Mientras contemplaba la orilla del río, pensaba en los tranquilos *quais* del Sena, donde los botes se deslizan perezosamente y puede uno curiosear por horas enteras el contenido de los puestos de los libreros de viejo. Pero a uno y otro lado irguiéronse pronto los grandes edificios del comercio de Nueva York: espléndidos y fríos monumentos de la vida mercantil de la nación. Y fué exhalando un suspiro de alivio como se echó al cabo en un asiento, al lado de una ventanilla, en el tren que debía conducirle a su casa. Pero aun allí lo hostigó una interminable sucesión de carteles de anuncios. Entre un aviso de medias de seda y otro de píldoras hepáticas, divisó un cartelón que promulgaba esta divisa: «Dios es amor».

¡Así crean ellos una moda aun para la propaganda de su religión por medio de anuncios,—pensó Rúpert. El «ellos» era inconciente, pues en su espíritu él se desligaba de los Estados Unidos y los consideraba como si fuera un extranjero. Pero aunque no se percatara de ello, esta implacable notación de todo lo trivial y lo material, de todo lo desprovisto de alma en los Estados Unidos, era un esfuerzo involuntario por justificar su alejamiento de su padre. Pues en la vida y carácter de su padre encontraba un resumen de todo cuanto censuraba en los Estados Unidos. Fué el áspero rechazo de su temprano afecto de niño el que condujo a Rúpert, años atrás, a reprimir el cariño por su padre y a

ver con malos ojos todo lo que le evocaba su frío y crudo materialismo.

Rúpert cambió de tren y cuando se aproximaba a su casa, sus pensamientos se volvieron a ella. Preguntóse qué haría al llegar. Era probable que encontrara a su padre restablecido y entregado a sus faenas. Había tenido vagas esperanzas de encontrar un telegrama a su llegada a Nueva York, pero no encontró ninguno. Probablemente a su madre no se le había ocurrido que podía enviar uno al vapor. Y comenzó a pensar en ella.

Era una mujercita delgada, cuyo rasgo predominante de carácter era una dulzura suavemente sumisa. De ella había heredado Rúpert la pequeña estatura, la delicadeza de la piel, la suavidad del cabello y el amor por la belleza. En sus relaciones con el hijo la dominaba enteramente su marido; y Rúpert sabía de antemano que el modo como le daría la bienvenida sería preparando y colocando tímidamente delante de él los mismos platos de que más gustaba cuando niño. ¡Pobre y sencilla madre! ¡No acertaba a comprender que ya el hartarse de dulce de gengibre no era para él la más alta delicia que puede alcanzarse en este mundo!

Al cabo llegó a su destino y salió del tren. Dió órdenes en la estación para que le enviaran su equipaje y se marchó a pie. Encontró a la ciudad tal como recordaba haberla dejado: tosca e indeciblemente fea, con sus sucias hileras de casas de obreros y sus fábricas vomitando humo.

Desde lo alto de una colina contempló la planta de John Crócker y Compañía, fundidores y fabricantes de máquinas, que se extendía en una media docena de acres de terreno. Las chimeneas vomitaban humo y al través de una de las enormes puertas percibió el brillo rojizo de una corriente de metal en fusión y comprendió que estaba cayendo en los moldes de arena. En esa planta la turbulenta vida de su padre habíase vertido también año tras año, para tornarse a la postre dura como el hierro y modelada según las necesidades de la industria. Se preguntó cuál iba a ser su propia vida. ¿Perseveraría, a pesar de la prohibición de su padre, luchando por alcanzar el triunfo en el arte? Volvióse bruscamente y echó a andar.

En las afueras de la población, un poco apartada del camino, estaba la casa de los Crócker, de tres pisos, y frabricada de ladrillos duros. Una mujer que estaba atisbando por una de las ventanas de arriba lo observó y se marchó adentro. Casi al momento se abrió la puerta de entrada y su madre salió al vestíbulo a recibirlo. Tenía el rostro delicado y redondo, la boca resignada y paciente; y notó, al

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	4-00 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.